JOSÉ QUILIS

LUCIANA

ZARZUELA

en un acto, dividido en tres cuadros, original

MÚSICA DEL MAESTRO

ESTEBAN ANGLADA

Copyright, by José Quilis, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LUCIANA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LUCIANA

ZARZUELA

en un acto, dividido en tres cuadros

ORIGINAL DE

JOSÉ QUILIS

música del maestro

ESTEBAN ANGLADA

Estrenada en el TEATRO MARTÍN la noche del 27 de Octubre de 1908

MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA AYA, 11

Teléfono número 551

1908

A Loreto Prado y Enrique Chicote

Mis distinguidos y admirados amigos: El más legítimo orgullo que tengo en mi aun corta carrera de autor, es haber salido por primera vez á escena de mano de artistas tan eminentes como ustedes. Desde entonces mi reconocimiento lo consideraba yo como una deuda sacratísima, é impaciente deseaba pagarles de algún modo, siquiera fuese con prenda de tan escaso valor como es esta obrita, que con mucho gusto les dedico.

Dispénsenla buena acogida y tendrá una cosa más que agradecerles su afectísimo amigo y admirador,

Quilis.

287048

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCIANA	Srta. Uliverri.
FACUNDA	Sra. Bajatierra.
VIRUTA	Sr. Camacho.
JUAN FRANCISCO	Uliverri.
SALVADOR	Luján.
SEÑOR ANTONIO	Solans.
DON FERNANDO	Delgado.
INSPECTOR	Merendo.

Obreros, mujeres y guardias

Epoca actual

Las indicaciones, del lado del actor

A la octava representación se han encargado de interpretar los personajes de *Luciana, Viruta* y *Juan Francisco*, la Srta. España y los Sres. Porta y Angoloti, que son muy aplaudidos todas las noches.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Un taller de carpintería. Al foro, puerta grande que estará abierta. Puertas laterales. Dos ó tres bancos de trabajo y algunas sillas. Por las paredes, herramientas del oficio.

ESCENA PRIMERA

VIRUTA, JUAN FRANCISCO, SEÑOR ANTONIO y OBREROS

Todos trabajan. Juan Francisco, en primer término izquierda. Viruta, en primer término derecha sentado en el suelo, menea con un listón la cola que hay en un tarro

Música

OBREROS (Trabajando)

Todo el día trabajando,
trabajando sin cesar;
todo el día trabajando
para conquistar el pan,
y que tarea no falte,
ó tendremos que ayunar...
¡qué perro sino el del pobre!
¡qué destino más fatal!

—

VIR. Para sino perro
el de mi persona,
pues como los perros
estoy todo el día
moviendo la cola.

—

OBREROS Aunque algunas veces
el trabajo alegra
y hace que se quiten
del alma las penas
y que nos creamos
muy felices ser
con salú, trabajo,
hijos y mujer.

—

Cántanos, Viruta.
VIR. (Poniéndose en pie.)
¿Para qué tardar?
OBREROS Pues venga esa jota.
VIR. La de la garlopa
os voy á cantar
(Los Obreros dejan el trabajo y hacen coro á Viruta.)

—

Conozco yo á un personaje
que, aunque lleva buena ropa,
le está haciendo mucha falta
que le pasen la garlopa.
(Imitando lo que dice.)
Menea el cepillo,
ris, ris,
y dale al martillo,
tín, tín;
la sierra y formón,
clavo y berbiquí;
porque el que trabaja
¡ja, ja!
nunca se rebaja
¡ja, ja!
pero yo prefiero
tumbarme y dormir.
OBREROS Menea el cepillo, etc., etc.

Hablado

VIR. A trabajar, no sea que venga el encargao y nos cargue con un sermón. (Todos, menos él, vuelven al trabajo.)

J. FRAN. ¡Que sabe hacerlo!

VIR. Cuando era oficial como nosotros bien humilde estaba, pero desde que le hicieron encargao, no hay quien lo resista. (Como razón suprema.) ¡Hasta se ha dejao la barba!

J. FRAN. ¡Sí que es el mozo para pedirle un favor!

VIR. No será, pero á mí me lo hace en cuanto yo quiera y si no lo habéis de ver trabajando por mí.

ANT. Sí, porque tú no trabajas aunque te maten.

VIR. ¡Estoy muy cansao, señor Antonio!

ANT. ¡Mira que eres gandul, Viruta!

VIR. Herencia de familia. Mi padre, no hizo en toa su vida más que una cosa.

J. FRAN. ¿Cuál?

VIR. ¿No me ves, hombre? (Todos ríen.) Mi abuelo no tenía más obligación que cuidar un canario, y se le murió de hambre. Mi bisabuelo murió con la ropa de boda, porque no se había desnudao en veinticinco años y mi tatará...

J. FRAN. Tu tatará, ¿qué? (Aparece Salvador por lateral izquierda.)

VIR. Mi tatará... (Al ver á Salvador sigue tarareando.) tatará, tatará...

ESCENA II

DICHOS y SALVADOR

SAL. (Con tono desabrido.) Estamos como siempre, de charla, y el trabajo parao. Me parece que voy á hacer un escarmiento, para que no se venga á robar el jornal. (Murmullos.) ¿Qué murmuráis?

ANT. (Avanzando hasta Salvador.) ¡Llevo cuarenta años de trabajo y nunca me han dicho semejante cosa!

SAL. Alguna vez tenía que ser la primera y cuida que no se repita porque será la última.

ANT. (Queriendo protestar.) ¡Es que yo!...

SAL. (Empujándole.) ¡Es que tú debes callar sino quieres verte ahora mismo en la calle!

J. FRAN. (¡Pobre viejo!) (Señor Antonio vuelve al trabajo.)

VIR. (Que ha estado amenazándole por detrás.) ¡Es que yo!...

SAL. (Volviéndose rápidamente.) ¿Qué?

VIR. (Retrocediendo.) Na, hombre. Es que yo estoy muy cansao. ¡Tú no sabes el trabajo que cuesta darle vueltas á eso! (Señalando al tarro de la cola.)

SAL. Vamos, no me hagas reir. (Se acerca al tarro y empieza á dar vueltas al listón.) ¡Sí que cuesta trabajo!

VIR. Un momento no, pero una hora y otra... sigue un rato y verás.

SAL. Aunque esté un mes. (Sigue dando vueltas.)

VIR. (A los Obreros después de señalar á Salvador y reirse.) ¿Lo véis como me está haciendo el favor de trabajar por mí?

TODOS ¡Ja, ja, ja!

SAL. (Dejando vivamente el listón.) ¿De qué os reís?

VIR. De alegría que sentimos por tenerte de encargao.

SAL. (Cogiéndole por un brazo.) ¡A tu obligación, so vago!

VIR. (Con rabia.) ¡Mátate por un hombre pa que luego te pague así!

SAL. ¿Qué dices?

VIR. Pues que ayer expuse mi vida por salir á tu defensa. Los del taller de enfrente hablaban de tí, como puedes figurarte, mal.

SAL. ¿Qué decían?

VIR. Pues uno dijo, dice: Salvador, que es un obrero como nosotros, igual que el señor Antonio y que Viruta, desde que está de encargao tié más orgullo que don Rodrigo en la horca. (Ahí te quisiá yo ver.)

SAL. ¡Envidiosos!

VIR. Pues, fué otro y dijo, dice: Y en cuanto á medrar, bien puede, porque se pone de acuerdo con los compradores y les da facturas en blanco.

SAL. (Alterado.) Y tú, ¿qué contestaste?

VIR. Pues na; porque estaba en blanco. Pero debe ser una *calurnia*, ¿verdá?

SAL. ¡Cobardes! ¿Por qué no me lo dicen á mí?

J. FRAN. (A ver á quién se lo está diciendo.)

VIR. Eso; por qué no vienen y te lo dicen en tu cara, como yo... cuando quiero decir algo á otro. (¡Vuelve á llamarme vago!)

SAL. (Que está furioso.) Ya lo sabéis, el que no cumpla con su obligación, será despedido en seguida. (Mutis por lateral derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos SALVADOR

J. FRAN. (Riendo, á Viruta.) ¡Cómo lo has puesto!

ANT. ¡Pues aun no le ha dicho todo lo que merece!

VIR. ¡Qué trague cordilla ese bandido!

ANT. ¡Que si lo es! Cuarenta años llevo de trabajo rudo y constante, sin reprensiones de amos, ni de encargaos, querido por mis jefes, estimao por mis compañeros, respetao por toos, y cuando va á concluir una larga vida de laboriosidad y honradez, viene ese hombre á escarnecer mis canas, á humillar, á pisotear á este débil viejo... (Con energía creciente.) ¡y eso no, no puedo consentirlo! ¡Mis manos que, sólo por la fuerza de la costumbre, sirven ya para el oficio, aun tienen energía bastante para abofetear á ese infame y arrancarle la lengua, para que no vuelva á insultar á los que son más honraos y más trabajadores que él!

J. FRAN. (Queriendo calmarle.) ¡Vamos, señor Antonio!

VIR. ¿En los trabajadores entraré yo?

ANT. Y no paran ahí sus infamias. No sólo nos reprende sin razón, sino que lleva su vileza

hasta asediar á las mujeres jóvenes de los obreros, creyendo, sin duda, que también están á espensas de su capricho, como nuestro trabajo. (Se agrupan murmurando.)

J. FRAN. ¡A nuestras mujeres!... ¡A mi Luciana!... (Exaltado.) ¡Si supiese que intentaba algo contra ella!... ¿Humillaciones á mí?... ¡bueno! ¿Abusos y exigencias en el trabajo?... ¡conformes! ¡Pero ella...! ¡Ella es mi alma, mi vida, mi único tesoro, por quien el trabajo me sabe á gloria, porque cuanto más cansao llegue á casa, más tiempo descanso entre sus brazos; ella me quita las tristezas y ella me da las alegrías; ella es mi única felicidad (Enérgico.) y el que intente arrebatármela le cuesta la vida!

VIR. (Muy enfadado.) Y el que toque á mi Facunda, se ha caído, porque de una patá que le pegue... ella, le despampana. ¡Al cabo no es caballería!

ANT. Con ese hombre es imposible seguir, y me parece que debemos decírselo al amo.

TODOS Sí, sí.

VIR. Y en seguida á la huelga y á no trabajar.

J. FRAN. (Mirando hacia la derecha.) ¡Chist! que viene. (Vuelven al trabajo.)

ESCENA IV

DICHOS y SALVADOR

SAL. Podéis dejar el trabajo, es la hora de la comida.

VIR. ¡Gracias á Dios que voy á descansar!

SAL. Juan Francisco, el amo te necesita.

J. FRAN. Allá voy. (Hace mutis por la derecha, al mismo tiempo que Salvador por la izquierda.)

ANT. Ya están aquí las mujeres.

ESCENA V

VIRUTA, SEÑOR ANTONIO, OBREROS y MUJERES

Música

(Entran las mujeres trayendo cestas al brazo.)

ELLAS — Buscando á nuestros maridos
con la comida aquí estamos.

ELLOS — A mí me alegra esta hora
por encontrarme á tu lado.

ELLAS — Venimos siempre contentas,
pero tristes nos marchamos.

TODOS — Es poco, cuando hay cariño,
estar juntos solo un rato.

(Mientras canta Viruta, se coloca cada mujer junto á un obrero.)

VIR. — Todas vienen, y la mía
no llega con el gazpacho,
aunque tengo una gazuza
como desde aquí á Chicago.

—

ELLAS — Hoy traigo en el puchero
dos cosas buenas.

ELLOS — Me relamo de gusto
pensando en ellas.

ELLAS — ¿No lo adivinas?

ELLOS — No serán, de seguro,
miel ni gallina.

ELLAS — Es un plato de callos.

ELLOS — ¡Viva el derroche!

ELLAS. — Y el guisao de patatas,
que sobró anoche.

VIR. — Oyendo esto,
se me ponen los dientes
de más de un metro.

ELLAS } (Por parejas echan á andar.)
ELLOS } Aunque nuestra comida
sea modesta,
Y tengamos el suelo
por ancha mesa,

patatas solas
que yo coma contigo
saben á gloria.
(Hacen mutis y repiten fuera.)

ESCENA VI

VIRUTA. En seguida FACUNDA

VIR. Ya me quedo solo,
el hambre me chilla
y no tengo nada
que poder comer;
¡me como este banco!
¡me como esta silla!
¡me como la mesa!...
(Facunda aparece en la puerta.)
¡Al fin, mi mujer!

—

VIR. ¿Tienes reuma?
FAC (Displicente.)
¡Tengo narices!
VIR. ¿Narices? Creo
que son prestás.
FAC. No sé, Viruta,
por qué eso dices.
VIR. ¡Porque las quito
de una trompá!
FAC. (Junto á él en actitud provocativa.)
¡Hazlo si quieres!
VIR. (¡Esta me casca!)
FAC. Anda, ¿no pegas?
VIR. ¡Pegarte á ti?
¿Quién está libre
de alguna basca?
si yo te quiero
más que tú á mí.
(Abrazándola.)
¿Qué traes?
FAC. (Burlona.) Pues traigo
carne... de pico.
VIR. ¿Ave? ¡qué gusto!

FAC. (Riendo y enseñando lo que trae.)
Mira; faisán.
VIR. (Malhumorado.)
¡Pan duro y queso!
FAC. (Burlándose.)
Sea usté rico
y lo que quiera
podré comprar.

—

VIR. (Con importancia cómica. Pronunciando según está escrito.)
Ya verás, en cuanto tenga cien mil duros
lo primero que con ellos voy á hacer
es poner un *restauran* para mí solo,
y á la hora que yo quiera ir á comer.
Además, he de comprar un *chaiselongüe*
y en el *longüe* tóo lo largo me echaré,
y también he de comprar, pa pasearnos,
hasta un *auto*, que los venden con *chaufer*.
FAC. Pues entonces me pondré, pa darte lustre,
y poderte diznamente hacer *pendán*,
un vestido de *glise* con cola larga,
y un *chapeo*, que se llaman de *rambran*.
Y también, para en el *auto* ir de paseo,
anteojeras y una gasa he de llevar,
y después, por mamarrachos, los guindillas
en la *comi* con los dos juntos darán.

—

VIR. ¡Facunda!
FAC. ¡Viruta!
VIR. ¡Un abrazo!
FAC. (Abrazándose.) ¡Mil!
VIR. (Ternura cómica.)
¡Mi chacha!
FAC. ¡Mi chacho!
LOS DOS ¡Me siento feliz!

—

FAC. Déjate de mimos
y á comer vamos.
VIR. Tú dirás en dónde
nos colocamos.

FAC. Haremos lo mismo
que hicimos ayer.
VIR. Y en el sitio que te coja
nos pondremos á comer.
(Separándose en actitud de correr.)
FAC. Ya estoy prepará.
VIR. (Idem.)
Una, dos y tres.
(Después de dar vueltas alrededor de los bancos por el foro hacen mutis persiguiéndose.)

ESCENA VII

LUCIANA y SALVADOR

Luciana, con una cesta al brazo, aparece en el foro, al mismo tiempo que Salvador en izquierda

Hablado

SAL. ¡Luciana!
LUC. (Con visible disgusto.) Buenas tardes. ¿Y Juan Francisco?
SAL. Poco tardará.
LUC. (Haciendo un movimiento para salir.) Esperaré fuera.
SAL. No; aquí mismo. Además, tenemos que hablar.
LUC. ¿Ested y yo?
SAL. Sí; tú y yo tenemos siempre que hablar, como puede hablar con una mujer el hombre que la quiere.
LUC. Le repito que me deje tranquila, que quiero á mi marido y que por Dios no dé lugar á que ocurra una desgracia.
SAL. En tu mano está el evitarlo.
LUC. (Con firmeza.) ¡Lo que está en mi mano es el honor de mi Juan Francisco, y tan seguro, que antes que él, perdería la vida!
SAL. ¡Y en mi mano está el pan que coméis, y bastará una palabra mía para quitároslo!
LUC. ¡En todas partes se puede trabajar, y en úl-

timo caso es preferible el hambre á sostener una complicidad con usted!

SAL. (Aproximándose.) Cálmate y escucha. Tú te mereces todo, todo lo que yo puedo darte; posición y caprichos; en tanto que ese no puede darte nada.

LUC. (Energía.) Pues con lo que él me da, vivo tan satisfecha, porque le quiero con toda mi alma.

SAL. (Después de un movimiento brusco.) ¡No me obligues á emplear la violencia. (Intenta asirla.)

LUC. (Rechazándole.) ¡Y usted no me obligue á que cuente á Juan Francisco sus infames intenciones, porque no merece un miserable como usted que se pierda un hombre honrado como mi marido!

SAL. (Con rabia.) ¡Luciana, no me insultes, no vuelvas á nombrar á ese hombre, porque puede trocarse mi cariño en odio y á tí y á él arrollaros, hundiros y pisotearos.

LUC. (Dando valientemente un paso.) ¡A él?

SAL. ¡Sí, á él! Quiero que seas mía, ¡y lo serás! (Acercándose.) Lo serás por cualquier medio, por la razón ó la fuerza, ¡pero lo serás! ¡mía! ¿lo oyes? (La coge; ella se defiende.)

LUC. (Dándole una bofetada.) ¡Canalla!

SAL. (Hace un movimiento agresivo que contiene.) ¡A mí?

LUC. (Con entereza.) ¡A tí! ¡Así sabrás que no se escarnece sin castigo á una mujer honrada!

SAL. (Que se ha separado.) (¡Me vengaré sin compasión!... ¡Ah, qué idea! El mismo será mi instrumento de venganza.) (Amable.) Bien, Luciana, estoy convencido de tu honradez y siento que seas tan mal correspondida.

LUC. (Interesada.) ¿Qué quiere usted decir?

SAL. (Sin dar importancia á lo que dice.) Nada. ¿No venías en busca de tu marido? Pues espera, que no ha de tardar.

LUC. ¿No está en el taller?

SAL. No; pero volvera pronto. (Con irónica tranquilidad.) Vino á buscarle una mujer y han salido juntos.

LUC. (Deja la cesta en el suelo y avanza.) ¿Una mujer? ¿Qué mujer?

SAL. No te alarmes, caramba; qué genio más fuerte... Después de todo no son más que cosas de hombres.

LUC. (Frenética, cogiéndole de un brazo.) ¿Dónde han ido?

SAL. (La lleva á la puerta del foro y señala hacia la derecha.) ¿Ves aquella casa? Pues allí, allí es donde van á entretenerse los maridos de las que son tan honrás como tú.

LUC. (Terrible.) ¡Miserable! ¡Pobre de tí si mientes, y ojalá que mientas, porque si no, pobre de mí! (Sale corriendo.)

ESCENA VIII

SALVADOR y en seguida JUAN FRANCISCO

SAL. Me has abofeteao, pero caro te va á costar... Ahora á avisar á él. (Se dirige á la derecha á tiempo que sale Juan Francisco.)

J. FRAN. Don Fernando me encarga que visite la obra de. . (Viendo la cesta que dejó Luciana.) La cesta de mi mujer. ¿Ha venido Luciana?

SAL. Sí, pero ha salido en seguida acompañada de una mujer.

J. FRAN. (Extrañado.) ¿De una mujer?

SAL. (Después de hacer como si vacilase.) Juan Francisco, yo te aprecio y no puedo consentir por más tiempo que siga engañándote.

J. FRAN. (Terrible. Lo coge y lo zarandea.) ¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Pruebas, ó te mato!

SAL. (Con calma.) Tú mismo puedes convencerte. (Recalcando.) En esa casa, que todos conocemos, está, y ahí ha ido muchas veces.

J. FRAN. (En un grito.) ¡¡Ah!! (Sale corriendo.)

SAL. (Después de permanecer un rato en la puerta.) Mi plan marcha Ya está uno contra otro... (Con sonrisa siniestra.) Ocurra lo que ocurra, responde á mi venganza... Los celos ciegan, y en el sitio sospechoso se han encontrao. La desconfianza no les hará creer nunca mi maquinación y yo quedaré satisfecho. ¡Ja, ja, ja! (Suena dentro un tiro y voces. Salvador va

precipitadamente á la puerta y mira.) Ella ha caído al suelo... A él le van á detener... Vienen hacia aquí... ¡Valor! (Se aproximan las voces.)

ESCENA ULTIMA

SALVADOR, LUCIANA, FACUNDA, DON FERNANDO, VIRUTA, JUAN FRANCISCO, SEÑOR ANTONIO, INSPECTOR, dos GUARDIAS, MUJERES y OBRERAS

Luciana, por su pie, aunque sostenida por las mujeres, llega muy pálida; la sientan en la derecha, situándose detrás las mujeres

FAC. (Al entrar.) Animo, Luciana. (A una de las que están á su lado.) Busca un médico.

FER. (Por la derecha.) ¿Qué ocurre?

SAL. No sé, don Fernando; ahora lo sabremos. (Entran los Obreros Viruta, señor Antonio y Juan Francisco; éste con la cabeza descubierta y algún desorden en la ropa. Se sitúan en la izquierda.)

FER. ¿Qué es esto?

ANT. Querían llevarse preso á Juan Francisco, y nosotros se lo hemos quitado á los guardias.

FER. Preso, ¿por qué?

INS. (Entra por enmedio de los dos grupos, situándose en el centro. Los dos Guardias se quedan en la puerta.) Porque este hombre ha herido á esa mujer.

FER. ¡Juan Francisco!

VIR. Diga usté que no, mi amo; Juan Francisco es incapaz de hacer daño á nadie y menos á su mujer.

FER. (Al Inspector.) ¿Usted le ha visto herirla?

INS. No. Pero la actitud, su proximidad á la víctima...

FER. Las apariencias suelen engañar. Es uno de los obreros más honrados de mis talleres. Además, estando aquí la agredida, ¿qué tiene que hacer más que preguntarla y ella decir quién ha sido?

INS. Veamos. (Quedan destacados de los grupos; Luciana y Juan Francisco á ambos lados; don Fernando en el centro.) ¿Quién ha herido á usted?

LUC. (Mira á un lado y otro. Larga pausa, durante la cual

todos la contemplan con ansiedad, menos Juan Francisco que la mira con desprecio.) ¡No está aquí! (Todos siguen inmóviles.)

INS. ¿No ha sido su marido?

LUC. (Con firmeza.) ¡No! (Movimiento general de satisfacción.)

FER. (Al Inspector.) Ya lo oye usted; Juan Francisco no ha sido.

INS. Así parece.

FER. Y al no ser culpable, espero que usted no se oponga á que quede en mi casa garantido por mi palabra.

INS. Como guste. Señores, les pido mil perdones y me retiro. (Medio mutis.)

J. FRAN. (Adelantándose.) ¡Señor Inspector! (Este se detiene.) ¡Yo soy quien ha herido á esa mujer, y aquí está el arma! (Saca un revólver que entrega al Inspector. Los Guardias avanzan y le sujetan por los brazos. Asombro general. Luciana, que, con espanto, al oir á Juan Francisco se ha puesto en pie, cae llorando entre los brazos de las mujeres. Telón.—Cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Habitación modesta en casa de Juan Francisco. Puertas laterales y al foro

ESCENA PRIMERA

VIRUTA muy pensativo

¡Qué trigedias ocurren en la vida! Ayer era esta casa un paraíso terrenal, sin serpiente, y hoy es es un valle de lágrimas; Juan Francisco en la cárcel y Luciana hecha una mardalena. Como dice en una comedia, me parece que un casero: «¡Cuánta mudanza en un día!» (Reflexionando.) Se encontraron en la puerta y sin mediar palabra ¡pum! el tirito, que por fortuna no hizo más que un arañazo. Ella se cayó del susto.... ¡igual me hubiera pasao á mí! y gracias á los informes y á la fianza personal de don Fernando, hoy sale Juan Francisco de la cárcel. ¿Por qué dispararía contra su mujer?... si hubiera sido yo á la condená de la mia, se comprende; pero si él quiere á Luciana más que á las niñas de sus ojos. Aquí hay gato encerrao, y sospecho que el gato es Salvador, y yo le pongo un lazo, y si cae, se ha caído.

ESCENA II

LUCIANA, FACUNDA y VIRUTA. Las dos mujeres por izquierda

LUC. (Con ansiedad.) ¿Qué sabes?

VIR. Tranquilízate; pronto le tendrás aquí.

LUC. ¡Dios mío, qué pena! ¡Parece mentira que haya hecho eso mi Juan Francisco! ¡Ya es imposible nuestra felicidad!

VIR. Quiá, mujer. En el mundo no hay nada im-

posible; es decir, sí; hay una cosa de tóo punto imposible... que ésta y yo vivamos en paz.

FAC. Viruta, no seas bruto.

VIR. (Amenazador.) Facunda, no me hagas perder la paciencia, porque me ciego y no sé lo que hago.

FAC. ¡Ja, ja, ja! (Se separa de Luciana, que se acerca á Viruta.)

LUC. (A Viruta.) ¿Tu comprendes por qué llegó él, cuando yo salia?

VIR. ¡Ni esto!

LUC. ¿No pudo ser mandado dor Salvador?

VIR. (Extrañado.) ¡Salvador! ¿por qué?

LUC. (Después de mirar si puede oir Facunda.) Prométeme que nada sabrá Juan Francisco de lo que te voy á decir.

VIR. Soy un *catafalco.*

LUC. ¡Salvador me persigue!

VIR. ¿Eh?

LUC. Y tal vez por vengarse de mis desprecios...

VIR. (Melodramatico.) ¡Oh, Luciana, qué rayo de luz!... ¡lástima no tener otro rayo pa mi mujer!

FAC. ¡Cuánto misterio!

VIR. Vamos á hablar alto, pa que luego lo cacarees.

FAC. Pues si te piden consejos, están apañaos.

VIR. (Con autoridad.) Oiga, señora, lo que debe usté hacer es ir á echar petróleo al quinqué, no sea que cuando vayamos, tenga yo que alumbrar. (Indicando pegar.)

FAC. ¡Pero este condenao que no escarmienta! (Le quiere coger.)

VIR. (Escondiéndose detrás de Luciana.) Oye, tú, que no vale pegar. Luciana, defiéndeme de esa tigra.

LUC. ¡Siempre estais lo mismo!

VIR. (Acercándose cariñoso y con miedo á Facunda.) ¡Pero si nos queremos mucho! ¿verdá, pimpollo? (de cardo.)

FAC. (Enternecida.) ¡Zalamero!

VIR. Reñimos pa tener el gusto de hacer las paces.

FAC. Yo, en un pronto, soy capaz de matar á este, pero después no tienes á nadie. Voy á echar un vistazo por casa y en seguida vuelvo.

VIR. No, no tengas prisa en volver. (Facunda hace mutis por el foro.)

ESCENA III

LUCIANA y VIRUTA

VIR. Decías ..

LUC. Ayer insistió Salvador en sus pretensiones y, al ver como resistía, empleó la violencia y quiso abrazarme, entonces le dí una bofetada.

VIR. ¿Una nada más? ¡Si es á mí, me hincho la mano!

LUC. Después me dijo, que Juan Francisco se había ido con una mujer; yo, ciega de celos, le creí, sin pensar que aquello podía ser una venganza, y ya ves lo que ocurrió... ¡infame!

VIR. Pues por estas que las paga toas juntas. Ese poca vergüenza cree que se puede jugar á la taba con la honra y la vida de las personas, y se va á coger los dedos, y voy á ser yo quien se los coja. Como resulte verdá lo que nos figuramos... (En actitud de ridícula gallardía.) yo, Viruta, lo más tirao del taller, le doy dos patás á ese ladrón; lo echa don Fernando; le pego fuego á su casa; lo envío á presidio... y otras menudencias. (Animado.) Conque, Luciana, á secarse esos ojos, que te vas á quedar más delgá y más amarilla que un esparto seco y á sonreir á la felicidad que vuelve. (¡Ni Maura!) Voy por tu marido. (Medio mutis.)

LUC. (Animada por las palabras de Viruta.) ¡Sí, Viruta, corre, traémelo pronto, que pueda yo estrecharlo entre mis brazos!

VIR. (Vuelve al proscenio. Moviéndose mucho dice:) Corro, volvemos, te abraza; al otro lo busco, lo traigo y aquí de rodillas sin más detención

os pide perdón, ó le pego un capón, que le hago un chichón como un melón, á fe de Ramón. (Corriendo hace mutis por el foro.)

ESCENA IV

LUCIANA

Música

Un hombre infáme ha destruido,
nuestra ventura con nuestro amor,
y para siempre nos ha sumido
en amargura y hondo dolor.
Seres perversos hay en la vida,
que solo gozan haciendo mal,
y que con alma inconmovida
fieros destrozan la ajena paz.

—

Con el amor de mi esposo,
yo vivía muy feliz,
y en esta casa la dicha
parecía sonreir.
En quererle con el alma,
y en ser querida por él,
y en mitigar sus fatigas
mis ilusiones cifré.

—

¡Pero ese hombre,
ruin y malvado,
sin corazón,
me ha arrebatado,
á mi marido,
y ha conseguido,
mi perdición!
¡Maldito se vea,
ese hombre tan vil!
¡Y maldito de Dios sea,
quién goza haciendo sufrir!

ESCENA V

LUCIANA y FACUNDA

Hablado

FAC. (Corriendo á ella.) Luciana, no seas niña. ¿No estamos nosotros á tu lao? Hay que ser fuerte.

LUC. Si lo soy. Tengo energía para resistir las situaciones más difíciles, para pasar por los trances más apurados, pero se trata del cariño de mi marido, y temiendo perderle, me abandonan las fuerzas. (Sollozando echa á andar hacia izquierda apoyándose en Facunda.)

FAC. Juan Francisco volverá y seréis dichosos como antes.

LUC. ¡Dios lo quiera! ¡Si me faltase, me quedaría sin apoyo, sin vida, sin alma. (Mutis primero izquierda.)

ESCENA VI

VIRUTA y JUAN FRANCISCO

VIR. Ni más ni menos.

J. FRAN. ¿Y tú, lo has creído?

VIR. Como hay Dios.

J. FRAN. Entonces no sabes lo que es capaz de inventar una mujer. La cosa es bien clara, ella estaba allí, porque salía cuando yo llegué.

VIR. (Después de vacilar. Con resolución.) Vaya, no pensaba decírtelo, porque queríamos evitarte un disgusto gordo, pero ya no hay más remedio que desembuchar. (Recalcando.) ¡Salvador persigue á tu mujer!

J. FRAN. ¿Qué dices?

VIR. La verdá. ¡Y quién sabe si por vengarse de los desprecios...!

J. FRAN. (Esperanzado.) ¿Será posible? ¿Por qué no me dijo Luciana las intenciones de ese miserable?

VIR. Por evitar una desgracia, que las cosas entre hombres siempre las resolvemos por la tremenda.

J. FRAN. ¡Viruta, amigo mío, quiero creerte, porque adoro á mi mujer con toda mi alma!

VIR. ¡Y se lo merece por honrá y por buena!

J. FRAN. (Vehemente.) ¡Sí, debe ser verdá lo que me dices, porque á un cariño tan grande como el mío, no es posible pagarle con una acción tan mala; pero necesito una prueba para convencerme, algo que quite esta sombra que mata mis ideas; este martirio que me destroza el corazón; este veneno que se ha metío en mi sangre...!

VIR. ¿Una prueba?... ¡La tendrás! ¡yo te lo prometo!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y FACUNDA. En seguida LUCIANA

FAC. (Al salir á escena y verlos dice con alegría.) ¡Ya están aquí!

LUC (Corriendo y con los brazos abiertos va á lanzarse á su marido. En un grito.) ¡Juan Francisco!

J. FRAN. (Conteniéndola con un ademán energico.) ¡No, Luciana, aun no es tiempo! (Telón. Cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

VIRUTA, SEÑOR ANTONIO, DON FERNANDO y OBREROS. Señor Antonio y Obreros trabajando. Viruta y don Fernando, en primer término izquierda

FER. ¡Estoy asombrado de lo que me cuentas!

VIR. Pues de tóo pué usté convencerse si me ayuda en mi plan.

FER. ¡Ya lo creo! bastaría un motivo, la infamia cometida, según tú, con esos muchachos, para que no vacilase; con que habiendo cosas que me interesan directamente!

VIR. Estimando. Y me dejo cortar ésta, (La cabeza.) si ese pájaro no canta.

FER. ¿Y Juan Francisco?

VIR. No tardará en venir, porque empieza á anochecer. Ya verá usté, ya verá usté, mi amo, á quien tiene aquí para menear la cola.

FER. Bueno, hombre, ya veremos. (A los demás.) Hola, Antonio, ¿cómo van esas fuerzas? (Viruta hace mutis por el foro.)

ANT. Así, así, don Fernando; la edad pesa mucho ¡y tengo tanta!.. ¡que si tengo! (Sin dejar de trabajar) Era usté un mocosillo de cuatros meses, con perdón sea dicho, y no había otro más viejo que yo en este taller, que entonces pertenecía á su padre. Le traía aquí el ama ¡y era usted más llorón! ¡rediez con el chiquillo y qué gaita tenía! (Don Fernando escucha sonriendo, lo mismo que los demás.) Hasta que le cogía yo, le daba cuatro vaivenes, y tan contento Esto se repetía muchas veces y los compañeros me llamaban el ama seca de usté. (Todos ríen.)

FER Bien, Antonio, siempre de buen humor. A trabajar, sin fatigarse, para que luego puedas referir lo mismo á mi hijo.

ANT. ¡Ay, don Fernando! ya ni para el trabajo sirvo; sigo aquí porque es usté muy bueno.

FER. Eso no, caramba, ganas cumplidamente el jornal

ANT. No dice eso Salvador.

FER. ¿Qué dice?

ANT. Que lo robo.

FER. ¿No estáis contentos con el trato que os da Salvador?

TODOS No.

FER. ¡Está bien! Siempre ha habido en mi casa la consideración que merece quien gana el pan con su trabajo, y os prometo que esa costumbre se mantendrá. (Mutis por la derecha.)

ESCENA II

SEÑOR ANTONIO y OBREROS. Después VIRUTA y JUAN FRANCISCO

J. FRAN. (Entrando con Viruta.) Buenas tardes.

VARIOS Hola, Francisco.

ANT. Ya te tenemos por aquí otra vez. ¿Pero qué demonio de mal bicho te picó?

VIR. Eso, un mal bicho.

ANT. ¿Qué fué?

VIR. Cuando lo tenga debajo del pie, conocerá usté la casta.

ANT. ¿Vuelves al taller?

J. FRAN. Sí.

ANT. Me alegro.

ESCENA III

DICHOS y SALVADOR, por la derecha

SAL. Podéis dejar el trabajo. (Los obreros se quitan las blusas y los mandiles disponiéndose para salir durante el diálogo. A Juan Francisco.) Hola, Juan Francisco, y Luciana ¿cómo se encuentra?

J. FRAN. (Después de dominar un movimiento.) Bien.

SAL. Me obligó á decírtelo un deber de amistad.

J. FRAN. Gracias.

SAL. El amo me ha dicho que si estabas aquí subieras á su despacho. (Juan Francisco, sin decir palabra, cruza á la derecha.)

VIR. (A Juan Francisco.) Don Fernando se presta á tóo... ¡Ojo!

J. FRAN. (A Viruta.) ¡Puedes estar tranquilo! (Cogiéndolo de un brazo.) ¡Va en ello mi vida y la de ese hombre!

VIR. No seas pisimista. (Juan Francisco hace mutis por la derecha.)

OBREROS Hasta mañana.

SAL. Adiós. (Antonio y Obreros hacen mutis por el foro. Salvador en izquierda dando la espalda á Viruta, recoge las herramientas.)

VIR. (Ya tengo prepará la trampa; sólo me falta poner el cebo, pa que este pajarrraco pique, y si pica, lo pico.) (Va hacia Salvador en actitud de cogerle por el cuello. Salvador se vuelve y Viruta le hace una profunda reverencia.)

SAL. (Riéndose.) A tí hay que dejarte, porque eres un payaso. Adiós. (Como despedida á Viruta, Salvador sigue su tarea.)

VIR. (¡Ya te daré payaso! En fin, voy á poner el cebo.) (Medio mutis. Vuelve y dice con mucha importancia.) ¡Estoy asombrao de mí mismo por el talentazo que tengo...! (Con admiración.) ¡Qué bárbaro soy! (Mutis por el foro.)

ESCENA IV

SALVADOR. En seguida LUCIANA y VIRUTA

SAL. No puedo apartar de mí su imagen. Estoy encaprichao de esa mujer, y será mía. Empleé la violencia y no me dió resultao, probaré con la amabilidad, que tiempo tengo de volver á lo primero y de llegar hasta lo último, si es necesario, para conseguir mi deseo.

VIR. (A Luciana. En la puerta.) Si es preciso, hasta en sus brazos.

LUC. Pero...

VIR. Ni pero, ni melocotón; yo estaré cerca. ¡Animo! (Luciana entra en escena. Asomando la cabeza.) Ahí está el cebo. (Desaparece.)

LUC. Buenas tardes.

SAL. (¡Ella!)

LUC. ¿Y Juan Francisco?

SAL. En el despacho de don Fernando.

LUC. Esperaré. (Se sienta en la derecha.)

SAL. (Acercándose después de una pausa larga.) ¡Luciana! (Ella levanta la cabeza.) ¿Me tienes rencor?

LUC. ¿Por qué?

SAL. Por lo de ayer.

LUC. No. (Viruta pasa de puntillas y se esconde detrás de un banco en la izquierda.) ¡Al contrario, le estoy agradecida, porque me dió á conocer á un mal hombre! (Se pone en pie.)

SAL. ¡Es verdad!

LUC. ¡Pero me vengaré!

SAL. (Animado.) ¿Quieres que te ayude?

LUC. Sí, porque usted me puede servir de mucho.

VIR. (¡Le ronda, le ronda!)

LUC. La brusquedad de Juan Francisco me ha demostrado que no me quiere.

SAL. Y tú á él, ¿le quieres?

LUC (Después de vacilar, dice con energía.) ¡No! ¡Le odio! (¡Dios mío!)

SAL. (Cogiéndola una mano.) Dí más bien le odiamos. ¿Y á mí?

LUC. Usted es la única persona que ha demostrado interés por mí.

SAL. (Animado.) ¡Luciana! ¿Es cierto? ¿Me quieres? ¿Seremos el uno para el otro?

LUC. Sí, Salvador; los dos solos, (Casi abrazados.) siempre juntos y felices.

VIR. (¡Estoy llevando la cesta! ¡Vaya un papelito!)

LUC. Pero ..

SAL. ¿Qué?

LUC. Una cosa...

SAL. Te comprendo; no te apures. (Vacila.)

VIR. (¡Qué bien saben fingir las mujeres! ¡Vamos,

que si no la hubiera yo mandao que hiciera tóo eso, salía y la daba así en las narices!)

SAL. (Riendo.) Gracias á los descuidos y á la confianza ciega del imbécil de don Fernando, nada nos faltará.

VIR. (¡Atiza! ¡Esto es matar dos pájaros de un tiro!)

LUC. No me refiero á eso; digo que una cosa retardará nuestra dicha.

SAL. ¿Cuál?

LUC. Juan Francisco se ha burlado de mí.

SAL. Sí.

LUC. Aunque no se quiera á un hombre, el ser burlada por él, hace que la mujer se ofenda. Si Juan Francisco no hubiera ido á esa casa, en este momento sería tuya.

SAL. (Estrechándola.) ¡Luciana mía!

LUC. Pero no lo seré hasta que me vengue... ¡Dios sepa cuándo!

SAL. (¡Demonio, no debo desaprovechar la ocasión! Si la dejo, puede pensar luego de otra manera.) ¿No te detiene más que eso?

LUC. Nada más, vengarme, ¡porque le odio!

SAL. ¿Y si yo te dijera?... (Se detiene. Luciana escucha con ansiedad.)

VIR. (¡Que pica, que pica!)

LUC. (Impaciente.) ¿El qué? ¡Acaba!

SAL. Si un hombre, impulsao por el amor que siente hacia una mujer y por odio al hombre que le roba su cariño, irritao además por los desdenes de ella, se ciega y quiere vengarse, y para conseguirlo inventa y miente, ¿qué opinarías de ese hombre?

VIR. (Que es un morral.)

LUC. Que no solamente le justifica el amor, sino que aumenta en consideración á los ojos de la mujer que quiere.

SAL. (Abrazándola.) ¿De veras?

LUC. Sí.

VIR. (Poniéndose en pie.) (¡Qué estacazo le voy á pegar!)

SAL. (Separándose un poco.) Pues entonces nada se opone á nuestra felicidad. Juan Francisco no había ido á aquella casa.

VIR. (Dando un salto.) ¡Picó!

LUC. (En un grito de alegría separándose de él bruscamente.) ¡Ah!

ESCENA V

DICHOS, JUAN FRANCISCO y DON FERNANDO, que se lanzan á escena. Las exclamaciones siguientes casi simultáneas

VIR. ¡Ja, ja, ja,ja!

J. FRAN. ¡Luciana!

LUC. ¡Juan Francisco! (Se abrazan.)

FER. ¡Canalla!

SAL. (Retrocediendo.) ¡Maldición!

FER. Salga inmediatamente de aquí, y dé gracias porque no tomo otra providencia contra usted.

SAL. Me han metido en una emboscada, ¡pero me vengaré!

VIR. ¡Pues tóo ha salido de aquí!

J. FRAN. (De un salto se pone junto á la puerta en el momento que va á salir Salvador.) ¿Dónve vas? ¿Crees que tienes las cuentas saldás conmigo?

LUC. ¡Juan Francisco, por Dios!

J. FRAN. ¡Ahora estamos los dos, de hombre á hombre y vas á pagar tu acción, cobarde! (Va á arrojarse sobre él y se interpone Luciana.)

SAL. ¡Ahora verás! (Echa mano al revólver, pero Viruta que está detrás, se lo quita.)

VIR. Esto no lo llevan más que los hombres. Quien va á ver eres tú. (Se asoma á la puerta y hace una señal con la mano.) Falta la última parte de mi plan y va á cumplirse. (Aparecen el Inspector, los dos Guardias y los Obreros.)

SAL. (Retrocediendo.) ¿Eh?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, INSPECTOR, DOS GUARDIAS y OBREROS

VIR. Señor *Ispetor*, tóo ha resultao como me figuraba, y aquí está don Fernando que no me dejará mentir.

FER. En efecto. Ese miserable, con una calumnia, soliviantó á este honrado obrero, que estuvo á punto de matar á su esposa; ahora, aquí en mi presencia, le ha querido asesinar; además, me ha estafado.

INS. (A los Guardias.) ¡Prendedle! (Salvador se resiste. Mientras habla Viruta desaparecen por el foro los Guardias y el Inspector conduciendo á Salvador.)

VIR. A ese sí, señor Inspector, á ese sí; sujetarlo bien, que es de cuidao y pudiera escaparse.

FER. Juan Francisco, desde mañana quedas encargado de los talleres.

J. FRÁN. } LUC. } ¡Gracias, don Fernando!

FER. (A Viruta.) Y tú...

VIR. (Alegre.) Yo tengo bastante con haber devuelto á éstos la felicidá, echar de aquí á ese granuja y seguir dando vueltas á la cola.

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Alborada. Novela. Librería de Victoriano Suárez. Madrid.—Precio 1,50 pesetas.

Bodas regias. (*) Recopilación histórica. (Undécima edición. Librería de Fernando Fé. Madrid.—Precio, 3 pesetas.

Leyendas Hispano-Americanas. (Volúmen 1.º) En todas las librerías.—Precio, 2 pesetas.

TEATRO

El tesoro de la bruja. (*) Melodrama en cuatro cuadros. Música del maestro D. Manuel Nieto. (Teatro Eslava).

Las orejas. Entremés cómico. (Teatro Price).

El hogar y la mina. (*) Drama en un acto y en verso. (Teatro Principal de La Unión).

Epílogo. (*) Comedia en un acto y en prosa. (Salón Venecia.)

¡Estaba escrito! Entremés cómico. Música del maestro D. Esteban Anglada. (Coliseo Imperial).

Luciana. Zarzuela en tres cuadros. Música del maestro D. Esteban Anglada. (Teatro Martín).

Las obras de teatro se hallan de venta en la Sociedad de Autores Españoles, al precio de 1 peseta ejemplar.

EN PREPARACION

La fuente del zarzal, cuentos.

En el bosque de los tilos, novela.

Leyendas Hispano-Americanas, volumen 2.º

(*) En colaboración.

Precio: UNA peseta